

*El día 13 de febrero murió en Granada Juan José Ruiz-Rico, catedrático de Derecho Constitucional. Quienes hacemos esta Revista (quienes ayudamos, quizá mejor, a que se haga) queremos dejar constancia aquí de nuestro dolor por la desaparición del amigo y compañero y creemos que con ello expresamos también el sentimiento de cuantos, en el ámbito de nuestra comunidad científica, conocieron al profesor Ruiz-Rico o, cuando menos, su obra intelectual. Nada nos corresponde añadir, si estas palabras se toman, como es preciso, en todo su significado. Los discípulos de Juan José Ruiz-Rico en las Universidades de Granada y Málaga nos han remitido el texto in memoriam que a continuación se inserta.*

## EN MEMORIA DE JUAN JOSE RUIZ-RICO (1947-1993)

No hace demasiado tiempo alguien desempolvó la amarillenta ficha de papel acartonado en la que se retrató veintisiete años atrás un Juan José Ruiz-Rico quizá no del todo consciente de hallarse ya entonces sumergido en un proyecto biográfico todo él constante y prematuro, en el que se confundía lo que plenamente era con lo que quería ser.

«Profesor, magistrado y escritor», fue la respuesta a esa pregunta sobre la idea de sí mismo al matricularse por vez primera en la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada, cuando apenas salía, con armas y bagajes, de una inconcluida adolescencia, al filo de los diecisiete o los dieciocho. «Todo lo que ahora soy», fue su apostilla refleja al releer su propio pronóstico vital casi treinta años después.

Pero se equivocaba. «Profesor, magistrado y escritor» fue sólo una ínfima parte de lo que Juan José era, de lo que siempre fue para quienes le descubrimos, descollante en vertical en el encefalograma de la Universidad de los últimos setenta y primeros ochenta, ejemplo para esforzarnos desde el mismo día en que por primera vez le oímos hablar en clase, para aprender de él como él aprendía de todo y de todos a su alrededor.

No era éste empeño fácil. Acaso pudimos preverlo en la claridad meridiana con que lo anunciaban su vida, fecunda, arrítmica, difícilmente aprehensible incluso para sus íntimos, y una obra tan ajena a convenciones como la impronta de su personalidad en los foros que pisó y en las empresas que acometió.

No es extraño entonces que nos abruma ahora la intuición de no acertar a hacer justicia al emplazar en esta sede un torpe ensayo de homenaje a la persona a la que debe toda una generación de profesores de Derecho Constitucional en Granada y Málaga la voluntad de caminar sobre sus propios pasos.

Porque Juan José Ruiz-Rico, profesor, catedrático de Derecho Constitucional, magistrado del Tribunal Superior de Justicia de Andalucía, escritor, fabulador, novelista y poeta, ensayista observador de sus espacios y de sus tiempos, curioso e impenitente garabateador de holandesas, no fue tan sólo el engarce de nuestras inquietudes con la comunidad del constitucionalismo español. Lo fue. Pero no tan sólo.

Lo diremos claramente. En el inmenso registro empírico de lo posible no abundan las ocasiones para tropezar con personas como Juan José Ruiz-Rico, y es cabalmente por eso que, con todo, sabemos que tuvimos suerte. Ese factor explica mucho de nuestro trabajo en común, del concluso y del pendiente. Mirando en nuestro derredor, algunos redescubrimos que quienes con él estudiamos no teníamos ni peregrina idea de lo que la sociedad, la acción política, el Derecho o la Constitución fuesen cinco minutos antes de verle subir por primera vez a la tarima del aula y confirmar, desde esa clase, o desde esa conferencia, que si aquello era ser profesor, eso era lo que queríamos ser. Otros, que no fuimos alumnos suyos, sabemos que nuestra vida académica e intelectual recibió con su reencuentro, como compañero que de inmediato es reconocido como maestro, un sentido, ejemplo e impulso universitario definitivos.

Vale la pena saber que en eso consiste el carisma. En comunicar pasión auténtica por lo que uno se propone e inspirar la misma dosis de energía en los demás. Si ese entendimiento artístico de lo que se hace de veras es lo que hizo posible que Juan José cultivara el análisis sociológico, político y constitucional como la literatura, puede que ello se debiera sencillamente a que encarnaba una de esas aves raras capaces de esbozar retratos hondos y cautivadores de cuanto le interesaba, ya se valiera para ello de pincel o carboncillo, de tiralíneas o espátula.

No podría ser nuestra intención dar cuenta de todo lo que, junto a eso, fue. Universitario afable, ingenioso, conversador chispeante, creativo; personalidad inquieta, inconformista, desveladora, multifacética, luchadora, marcada por la generación del 68, a la que pertenecía; impulsor y gestor atinadísimo en materia cultural; magistrado que no vaciló en mostrarse dignamente

firme en la aplicación de los principios constitucionales y de la ley aun en los momentos marcados por un ambiente social e informativo presionante, enrarecido... Fue, sin duda, un hombre del Derecho, y desde luego un hombre justo. Pero, sobre todo, un interlocutor. Un enorme desafío al pecado del saber y desear conocer. Un hombre inteligente y abierto a todas las tentaciones que la socialidad y la cultura despliegan ante el que se atreve con ellas. Se detenía en saborear la vida, en abordarla desde todos sus ángulos, en vivirla con la conciencia expandida, y así ha sido hasta el final, queriendo atrapar, frente a todas las dificultades, hasta el último retazo de tiempo, luchando por seguir estando instalado en la realidad...

No por fatalmente anunciada la muerte de un ser querido deja de golpear nuestra conciencia de ser, nuestro equilibrio interior y nuestra capacidad de reacción. El transcurrir del tiempo nos ayudará a restañar la abierta herida de su ausencia. Cicatrizará el dolor que hoy nos impide ordenar ideas que poco a poco den cuenta de su inspiración en quienes fuimos sus discípulos y nos quisimos sus amigos. No intentaremos, por tanto —excúsenos quien lo esperara—, glosar hoy y aquí una obra científica singular, ni nos demoraremos tampoco en clasificar escritos que, con seguridad, él concibió inclasificables.

Juan José optó resueltamente por el largo recorrido y por la soledad amiga de la inteligencia. Nunca sabremos bien si fue la timidez del hijo único o el irreprimito deseo de hacerse perdonar la excelencia lo que le llevó a encerrar lo mejor de sus talentos en la más íntima esfera de su privacidad, en su estudio, en su familia. Esa misma discreción, esa fe rotunda en el largo plazo, propia de quien no ha podido evitar sobreexceder la medida del más corto, parece haberle llevado a desaparecer deprisa, camuflando entre sus canas una juventud que quizá nunca existió como tal, y que, a pesar de la edad, le hizo parecer maestro entre sus congeneracionales y padre o hermano mayor de sus propios coetáneos.

Con valentía y esperanza luchó contra la enfermedad desde la pasada primavera. Hasta el último momento le acompañaron la voluntad, una lucidez extrema y una gran empatía con sus semejantes, con los problemas de nuestro tiempo y con los sentimientos de quienes le rodeamos. Nunca renunció a saber, a estar en la realidad, inquiriendo.

Tampoco quiso dejarnos muchas oportunidades para esculpirle epitafios. Sobre la tumba de un recientemente fallecido juez del Tribunal Supremo de los Estados Unidos de América, el legendario Thurgood Marshall, alguien describió a este jurista y ciudadano ejemplar como «one who did all he could do just with all what he had». Una sinopsis también cierta para un Juan José Ruiz-Rico que vivió sólo la mitad del tiempo vital cronológico del juez

estadounidense, pero entregado con idéntico y agotador entusiasmo a las mil actividades para las que estuvo dotado.

Intenso y definitivo ha sido su paso por las vidas de los que disfrutamos el inmenso privilegio de conocerle. Pero el resto no es silencio. Más allá del aplastante echar de menos su estímulo, habrá que enfrentar ahora la responsabilidad de prolongar los muchos diálogos que él dejó inacabados. Ojalá que algunos de ellos puedan arañar las alturas que imprimió en nuestra ambición, sin decepcionar el sello del recuerdo que hoy comienza. Con sus obras y con su huella, con el ejemplo de su humanidad, permanecerá entre nosotros, vivo en la consciencia de tantos, con la vida de su espíritu creador.

En éste queremos seguir viviendo los constitucionalistas a los que él formó en Granada y Málaga.

Sus discípulos de los Departamentos de Derecho Constitucional de las Universidades de Granada y Málaga.

*ESTUDIOS*

